





# EL ESCRIBANO DEL REY

Una vida dedicada al servicio del sabio monarca, entregada con honradez, fidelidad y amistad, compartida con un gran amor, en tiempos de la Reconquista.



Joaquín Ruibal de Flores Calero

## EL ESCRIBANO DEL REY

Una vida dedicada al servicio del sabio monarca, entregada con honradez, fidelidad y amistad, compartida con un gran amor, en tiempos de la Reconquista.



Primera edición: septiembre 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Joaquín Ruibal de Flores Calero

© Pintura de portada:

Recreación sobre el lienzo: *Don Alfonso el Sabio, después de haber ganado a los moros la plaza de Cádiz, primera plaza marítima que poseyeron los reyes de Castilla, tomó posesión del mar para abrir a los cristianos el camino que había de conducirles al África.*

MORENO GONZÁLEZ, MATÍAS. MUSEO DEL PRADO, MADRD.

ISBN: 978-84-10400-24-5

ISBN digital: 978-84-10400-25-2

Depósito legal: M-18498-2024

Safe Creative Reg. N.º 2407208738687

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Mari Carmen, mi hija, a quien adoro, y a la que le debo algo tan importante y maravilloso, como es el haberme hecho conocer, sentir y disfrutar del «Amor de Padre».*

*Para Mari Carmen, mi esposa, «in memoriam», que fue la luz de mi vida, la estrella que me sirvió de guía en el camino, y me dio a conocer y gozar del verdadero y cómplice «Amor de Pareja».*





# EL ESCRIBANO DEL REY

## PRÓLOGO

**Joaquín Ruibal de Flores Calero** ha desarrollado en estos últimos años su faceta como escritor publicando diversos relatos y novelas, pero con esta obra se adentra, por vez primera, en la novela histórica. Y lo hace tras un trabajo de documentación arduo y concienzudo.

*El escribano del rey* nos sumerge en la conquista, por parte de los reyes Fernando III y Alfonso X, de los territorios musulmanes del sur peninsular desde un prisma diferente. No se trata de una novela bélica, ya que el protagonista (Ruy) no es un hombre de armas, sino un hombre de letras que, pese a sus humildes orígenes, llegará a trabajar como escribano para los citados monarcas.

Huérfano de madre, el padre de Ruy decide entregarlo como oblato al Monasterio de Nuestra Señora de Valparaíso, donde acaba aprendiendo el oficio de escribano.

La narración de su infancia le sirve al autor para describirnos minuciosamente cómo era la vida monástica en el siglo XIII, una vida consagrada a Dios, pero también a los libros. El monasterio, utilizado como hospedería por las tropas que se dirigían hacia territorios hostiles, permitirá que Ruy entre en contacto con numerosos hombres de armas y acabe uniéndose a ellos, renunciando así a una vida monástica más estable pero monótona. Consciente de que las conquistas llevan detrás numerosos procesos administrativos vinculados a los repartimientos y repoblaciones (donadíos,

heredades, etc.), se une a los conquistadores hasta llegar a convertirse en escribano real.

**Joaquín Ruibal de Flores Calero** nos abre las puertas del tiempo para viajar a una época convulsa, pero de gran trascendencia histórica, narrando episodios muy llamativos como las tomas de Jerez de la Frontera, Sevilla o Niebla. La amistad que acaba cultivando Ruy del Val con Alfonso X es también un estu- pendo pretexto para introducirnos en una corte real muy peculiar diseñada por el propio monarca y caracterizada por su nivel de desarrollo cultural y científico. Traductores, astrónomos, poetas, juristas, etc., compondrán un espacio de saber del que emanarán proyectos de gran envergadura. Destacamos en este sentido las diversas escuelas de traducción y estudio que ponen de relieve la admiración de aquellos monarcas por otras realidades culturales. No podía faltar tampoco la relación entre el escribano Ruy del Val y las famosas *Cantigas* del rey Alfonso X, un proyecto muy personal del monarca del que hará partícipe a Ruy, y que le permite al autor introducir en su obra a su ciudad natal: El Puerto de Santa María.

Pero Joaquín Ruibal de Flores Calero no solo proyecta el perfil intelectual y cultural de Alfonso X, también se centra en sus ambiciones internacionales y en las empresas que desarrolla en el norte de África (con escasa fortuna), con el objetivo de aspirar a la corona del Sacro Imperio Romano Germánico.

Por último, debemos mencionar la historia de amor entre Ruy del Val y doña María López de Haro que salpica toda la obra, una historia elegantemente narrada por el autor con esa sensibilidad que le caracteriza y de la que ya ha hecho gala en obras anteriores.

EDUARDO VIJANDE VILA  
Doctor en Historia (Universidad de Cádiz)

**Eduardo Vijande Vila** es profesor titular del Área de Prehistoria de la Universidad de Cádiz. Ha realizado estancias docentes y de formación en las Universidades de Nantes, Faro, Tübingen, Lisboa y Tetuán. Ha dirigido y participado en numerosos proyectos arqueológicos tanto nacionales como internacionales (Marruecos, Italia, Costa de Marfil, etcétera). También ha publicado numerosos trabajos científicos (libros, monografías y artículos en revistas de prestigio internacional) y de carácter divulgativo.



## Capítulo 1

Llegaron, como lo venían haciendo con cierta frecuencia, a la caída de la tarde, cuando las luces menguaban con rapidez y las temperaturas diurnas, que sin haber llegado a ser placenteras por los fríos reinantes en invierno, empezaban a convertirse en gélidas. Venían buscando las posibilidades de encontrar refugio y cobijo, que se hacían escasas en aquellos parajes.

Llegaban cargados con sus armas, espadas, puñales, escudos, ballestas, arcos, lanzas y flechas, con las que habrían de luchar. Ora lo harían por arrojar al infiel, ora por salvar la propia vida, ora por servir a su señor, ora por ganarse el sustento presente, y con la ayuda de Dios nuestro Señor, si Él lo tenía a bien, obtener propiedades, dádivas o reconocimientos que les proporcionaran el sustento futuro.

Algunos llegaban con todo cuanto poseían sobre su caballo y también sobre sus propias espaldas. Decir caballo, en algunos casos, es hablar en demasía, porque las cabalgaduras eran tan heterogéneas en calidad, edad y fuerzas que, siendo honestos, se debería solo mencionar que llegaban a lomos de sus monturas. Allí concurrían mulos más o menos dóciles y domados, acémilas rebeldes, como le corresponde a su raza y sexo, borricos y muchos burdéganos, que no es otra montura que el animal híbrido resultante del cruce entre un caballo y una burra, mientras que la mula es el resultado del cruce entre una yegua y un burro.

Este cruce se produce en menor cantidad que las mulas, al menos así era en el monasterio, porque es más fácil combinar burros con yeguas que viceversa.

Los burdéganos, comoquiera que son más pequeños que los mulos, con menor alzada, venían cargados con las lanzas y demás impedimentas, formando reatas y cuidando de no dejar las puntas a una altura que pudieran atravesar en un descuido al animal que le precedía o que le seguía.

Fueran burros, caballos de pura raza, mulos o borriquillos, que también venían cargando con los pellejos de agua y pacas de paja, todos llegaban cansados, si no agotados, por una jornada de marcha continua y por terrenos no muy llanos ni cómodos de transitar.

Había que despojarlos de sus cargas, proveerles alimento y agua, y brindarles un espacio en el que descansar, como mínimo por una noche, y siempre que fuera posible, a cubierto, porque los fríos de las madrugadas no eran calificables como tenues.

Si esto ocurría con los animales, tres cuarto de lo mismo pasaba con los hombres, que llegaban exhaustos de haber cabalgado a ratos y caminado también durante largos trechos, cargando los más humildes con sus armas. No todos los que venían eran de familias de fuste ni tenían medios con los que sufragar aquellas campañas que hacían a su coste, siempre pensando en las recompensas que la generosidad del monarca les proporcionaría.

Por allí habían pasado partidas trayendo desplegadas más banderas y estandartes que espadas, lanzas y otras armas. En esas estaba bien claro que los hombres montaban sus propios caballos y que incluso traían algunos más de reserva. Aquellos eran los caballeros de armas, fieles al rey de Castilla, a los que les auxiliaban sus sirvientes, que, sobre borriquillos y mulos, traían los equipajes de sus señores y los pertrechos que pudieran ir necesitando.

Ya fueran caballeros o vasallos, todos llegaban cansados y hambrientos, necesitando ser atendidos, alimentados y, algunos, hasta ser curados de algunas heridas o males contraídos por el camino.

Al Monasterio de Nuestra Señora de Valparaíso llegaban gentes de todo el norte peninsular, desde Finisterre a Cabo Mayor. Procedían de los reinos de León, Castilla y Navarra como puntos de inicio del camino del sur, haciendo uso de la calzada que unía las ciudades de León, Zamora y Salamanca, atravesando entre los lugares de Peleas de Arriba y el Cubo, cerca del monte del Cubeto, y a orillas del arroyo del Mirador, para, una vez descansados y alimentados en el monasterio, seguir hacia los reinos de al-Ándalus, en donde estaba la tierra de promisión que habría de serle arrebatada a los moros, cabalgando la calzada que les llevaba a Plasencia, Cáceres, Mérida y las Tierras de Barros.

Las rutinas del monasterio, tan severas y estrictas que eran en su vida cotidiana, se veían muy quebrantadas cada vez que llegaban las huestes, que, desde diferentes procedencias, se encaminaban con destino a prestar sus ayudas al rey, que las demandaba con urgencia.

El claustro de la hospedería, que también llamaban de los Peregrinos, situado junto a la iglesia, abandonaba en ese momento su silencio monacal para convertirse en un ajeteo constante con el ir y venir de los hombres de armas que, con premura, buscaban sus acomodados en donde poder descansar.

Solo los caballeros y algunos distinguidos acompañantes alcanzaban la posibilidad de disponer de un catre en una celda individual, carente de todo lujo y comodidad, como al austero lugar correspondía, pero, al menos, gozaban de ese privilegio.

Después entraban en disputa el compartir celdas en las que los monjes tenían dispuestos varios catres con jergones de paja, en algunas salas de hasta diez y doce catres, y por último, cuando el número de viajeros era mayor, el único recurso del que se podía disponer era el propio claustro, en donde, al menos, se estaba a cubierto, o, al final, las cuadras, en donde con seguridad la temperatura era benigna, la paja en la que encontrar acomodo no faltaba

y se estaba a cubierto y a puerta cerrada, con lo que los vientos se quedaban fuera.

Toda la comunidad se volcaba en la atención de los huéspedes. Cada cual según sus cargos, pero buscando el proporcionarle a los visitantes las mejores comodidades que les permitieran retomar el camino en su lucha contra el infiel, pero no sin antes haber satisfecho algunas dádivas, estipendios o limosnas con las que contribuir a los gastos del mantenimiento de la comunidad.

A la cabeza del monasterio se encontraba el abad, y como era muy frecuente que se encontrara ausente, tenía como su ayudante en todos los aspectos al gran prior, siendo este ayudado a su vez por el deán respecto a las cuestiones económicas, y vigilante de que el hospedaje de las huestes no saliera a pérdidas para el monasterio. Por otra parte, el prior claustral se encargaba de la disciplina interior, algo fácil de lograr con los miembros de la comunidad, pero poco menos que imposible cuando se trataba de mantener disciplinados a quienes, camino de la guerra, pocas o ninguna regla les impedía cometer más de un desmán. Cuando eran vasallos de algún capitán, con el que viajaban, era este último el que aplicaba el correctivo adecuado, pero cuando no, había que hacer la vista gorda y rogar a Dios para que abandonaran el hospedaje lo antes posible.

Bajo esta cúpula jerárquica, en el monasterio se encontraban otros monjes investidos de oficios especializados.

El camarero o tesorero era el más importante de los oficios secundarios. Se encargaba de distribuir las vestimentas de los monjes, el mantenimiento de la ropa de cama y la provisión de material para el alumbrado de los dormitorios, la enfermería, la bodega y el cuarto de los novicios.

El cillerero estaba encomendado de manera especial del abastecimiento de víveres al monasterio, tanto a nivel general como de su reparto individual. Con sus ayudantes, dirigía el servicio durante la comida y se encarga de los huéspedes.



El refitolero era el ayudante del cillerero, que se encargaba del servicio del refectorio.

El agostero también era subordinado directo del cillerero y se encargaba del almacenamiento del trigo y de su uso, ayudado por los panaderos que se encargaban de la panadería y pastelería, así como también intervenían en las coladas.

El monje condestable estaba encargado de los establos y también dependía del cillerero. Otro monje se encargaba del jardín y del huerto, que debía de abastecer al convento.

El sacristán era el oficial encargado de la iglesia y del mobiliario del culto. Su misión casi principal era la de tañer las campanas que regulaban la vida diaria. Suministraba la cera, el aceite y el incienso, teniendo encomendado el alumbramiento y la fabricación de velas, el mantenimiento de los vasos sagrados, los libros de culto, las vestimentas sacerdotales y las campanas. Vigilaba la apertura y cierre de las puertas del santuario y por lo general dormía allí. También se encargaba de la limpieza de la iglesia.

El sochantre es el gran maestro de ceremonias de la liturgia. Estaba al cuidado de los libros que contienen los textos: evangelarios, epistolarios, leccionarios, salterios y, en general, de toda la biblioteca. También de lo que debe ser leído en cada oficio, y ejerce, además, de escribano y bibliotecario. Por su erudición solía ser elegido entre los «nutritis», es decir, de entre los monjes educados desde la infancia en el monasterio.

El enfermero era el último cargo importante y tenía especial relevancia dentro del monasterio, ya que se encargaba del bienestar físico y espiritual de los enfermos, que por lo general residían en un edificio aparte y con un régimen de vida diferente.

En el escalón inferior encontramos a los novicios, que por regla general eran mayores de diecisiete años, que tenían otras tareas auxiliares y hacían de acólitos en las funciones de los hermanos.

Los oblatos eran niños que habían sido enviados por sus padres al monasterio y que en teoría estaban de manera formal comprometidos para la vida del monacato. Los padres del oblato también aportaban una dote al monasterio. El propio abad elegía otros niños, hijos de campesinos pobres, a los que a su juicio les veía facultades para la vida religiosa.

Ruy fue uno de aquellos oblatos elegidos, a criterio del abad del monasterio, de entre los hijos de los campesinos de la región que mostraban, desde su más tierna infancia, un carácter dócil y una inteligencia superior a la media.

Su pobre madre había fallecido de fiebres puerperales a los pocos días de haber dado a luz, y su padre, Rodrigo, se tomó muy a pecho el no abandonar a aquella criatura, fruto de su propio ser y del vientre de su querida mujer, y con gran esfuerzo lo alimentó con leche de sus cabras, cuidando, en su pobreza, de que no le faltara alimento ni abrigo durante aquella dura etapa de su vida. El padre de Ruy fabricaba quesos con la leche de sus cabras que intentaba vender por las localidades y los caseríos próximos, hasta donde se desplazaba a lomos de un borriquillo, sin dejar de llevar consigo siempre a su hijo Ruy, que, con la ayuda de Dios, se iba desarrollando de acuerdo con su edad.

También intentaba Rodrigo vender sus quesos al monasterio, en donde, por caridad, el abad había dado orden de que le compraran algunas piezas de vez en cuando, a pesar de que ellos mismos también fabricaban quesos y de que aquel hombre les hacía la competencia. De aquellas visitas que Rodrigo realizaba con cierta regularidad al abad del monasterio, para agradecerle el que le comprara algunos de sus quesos, fue en donde el abad, al que le encantaban los niños, se fijó en aquella criatura.

Ocurrió poco tiempo después de una de aquellas frecuentes visitas que Rodrigo enfermó y, viéndose próximo a la muerte, montó a lomos del borriquillo y con Ruy en brazos se dirigió al monasterio. Al llegar pidió al sacristán que avisaran al abad, y cuando este

llegó a su lado, le encomendó el cuidado y la crianza de su retoño, por el amor de Dios, ya que él lo llamaba a su lado.

Lo llevaron a la enfermería, en donde el hermano enfermero hizo lo que pudo por él, pero su tiempo había cumplido y su vida se apagó sin remedio.

Fiel a su promesa, el abad tomó a Ruy bajo su custodia, velando en todo momento por su bienestar y su educación, y ya desde muy mozalbete y enredando por la escribanía del monasterio, comenzó a dar muestra de sus capacidades para aprender a leer, a escribir y a hacerlo en castellano, en latín, en galaico y en griego.

El abad le ponía trampas cuando jugaba con él, para que le tradujera lo que él le escribía en latín o en griego, escribiéndolo con toda intención de forma incorrecta, pero casi siempre el jovencito se daba cuenta y lo corregía.

Jugando y jugando, aprendió a escribir con una buena caligrafía, manejando los cortes de las plumas con habilidad, para lograr en ocasiones escribir con líneas finas y en otras, más gruesas. Aprendió de los maestros ilustradores el arte de insertar dibujos en los textos que copiaban, de tal forma que cuando el pequeño Ruy cumplió los dieciséis años, y estando en puertas de pasar a ser novicio, el abad, como su tutor, aunque en verdad quería a aquel muchacho como si fuera su hijo, empezó a tantearlo para conocer su disposición a ingresar en la orden y proseguir con la vida monástica.

Conocimientos religiosos tenía los suficientes como para ingresar al noviciado, pero algo le decía a su tutor que existían inquietudes en la mente de su ahijado que deberían despejarse antes de dar un paso tan trascendental en su vida como sería aquel.

Ya llevaba algún tiempo en el que el abad tenía a Ruy bajo observación personal, tratando de adivinar cuál sería su respuesta en el caso de proponerle su ingreso al noviciado, y cuanto más lo observaba, más convencido estaba de que aquel joven era pájaro volandero, que necesitaba experimentar la vida en libertad antes de pensar en enclaustrarse a perpetuidad.

Con cada llegada de peregrinos o de huéspedes camino de la guerra, lo encontraba más y más tiempo hablando con los huéspedes, haciéndoles miles de preguntas sobre cómo era la vida fuera de aquellos muros, y más taciturno y meditabundo se le podía ver en los días sucesivos, rumiando sobre aquellas cosas que le habían contado y que lo llamaban a conocerlas por sí mismo.

Una de las dudas que más lo corroían era el pensar en la forma en la que podría subsistir viviendo extramuros. Allí dentro, mal que bien, unas veces en la abstinencia y otras en la abundancia, nunca faltaba un plato sobre la mesa, aunque solo fuera de sopa con escaso fondo y sustancia, pero ¿de qué podría vivir fuera de la protección del monasterio?

Observando al sochantre y al cillerero en sus funciones, alguna idea le rondaba a Ruy por la cabeza, pero no llegaba a darle forma de cara a ese futuro incierto e ignoto que podría aguardarlo tras la puerta del monasterio.

Teniendo la hospedería llena de hombres cuyas vidas estaban cercanas a entrar en riesgo de muerte, Ruy no entendía cómo el cillerero y el sochantre, que tenían miles de asuntos en los que ocuparse, se pasaban las horas muertas hablando con aquellos soldados en pequeños grupos o a nivel individual, y escribiendo a continuación lo que ellos les contaban.

Algo que para él entrañaba un misterio podría tener una explicación simple, pero al no saber cómo enterarse de lo que se trataba, andaba todo el tiempo que podía rondando aquellos conciliábulos. Su curiosidad fue en aumento hasta el punto de rebasar el borde del cántaro, y sin pensárselo dos veces fue a preguntarle a uno de los soldados al que encontró algo apartado de los demás compañeros y en situación de recogimiento, como si hubiera estado confesando sus pecados.

—¿Puedo hablar con vos sin molestaros, señor? —se dirigió al solitario soldado con voz temblorosa.

—¡Claro que sí, hermano! ¿Qué deseáis saber que este pobre soldado, que de nada sabe, ni que de nada entiende de la vida, os

pueda ser de utilidad? —le respondió con claro síntoma de alivio, al salir de lo que quiera que estuviera pensando.

—¿Me responderíais si os preguntara qué estabais haciendo con el hermano sochantre, con el que hablabais como en secreto? ¿Es que os estabais confesando? —le preguntó.

—¡No es eso, aunque sí algo parecido! ¿Os interesa mucho? —le respondió.

—Si no tenéis inconveniente y no es de algo muy privado, os lo agradecería, porque es algo que veo que viene haciendo con casi todos los soldados que se hospedan aquí —le dijo.

—Es normal que lo haga con casi todos nosotros, porque todos caminamos hacia la guerra, de donde no sabemos si regresaremos. Ellos nos preguntan a uno por uno, o en grupo, si de alguna manera hemos dejado constancia escrita antes de iniciar el viaje de nuestras últimas voluntades por si la guerra nos arrebatara la vida. A quienes no tenemos nada que legar a nuestros deudos en caso de muerte, lo único que podemos hacer es dejarles un último pensamiento y un ruego de que recen por nuestras almas antes de entrar en batalla, y a los que tienen algo, o mucho, los animan a que hagan su testamento con el que repartir sus bienes o hasta reconocer a aquellos hijos que, a sabiendas de ser vástagos de ellos, no los hayan recogido en forma de ley —le explicó el soldado.

—¿Y cómo os hace sentir el hecho de hacer esa confección, señor? —le preguntó Ruy.

—Si no nos cobraran por hacerlo, nos sentiríamos reconfortados, pero como se dice por los pueblos, no hay monje que haga nada sin pedir algo a cambio, y que cualquier cosa que sea buena para el convento, pues para adentro —le respondió el soldado con buen humor.

—¿Y cuánto os cobran los hermanos por escribiros esos documentos? —le siguió preguntando.

—No lo sé con seguridad, hermano. A mí, que no tengo nada que legar a nadie, salvando mi amor por mi mujer y por mi madre, ya que, por no tener, no tengo ni hijos, me han cobrado una mo-

neda de un octavo de maravedí, con la que podría haber pagado una comida en alguna posada del camino, pero a cambio no me cobran el alojamiento y las viandas que me pongan en la mesa en el día de hoy, pero a quienes tienen bienes, tierras, animales y otras cosas, les cobran mucho más y además, les cobran el alojamiento y las viandas. ¿Estáis satisfecho con la información, hermano? —le preguntó el soldado.

—¡Sí, señor! ¡Gracias por vuesa amabilidad! —le respondió Ruy, alejándose envuelto en sus pensamientos.

Aquella conversación le había abierto los ojos al joven Ruy y le había marcado un camino con el que poder lograr sustentos en el hipotético caso de que algún día saliera del monasterio. Él no era un hermano lego, sin instrucción, él era un hermano nutritis, y si se esforzaba, podría aprender mucho más de lo que sabía para defenderse por sí mismo.

Aquello que los hermanos sochantre y cillerero hacían dentro del monasterio lo podría hacer él mismo viviendo fuera del recinto, pero tenía que aprender a redactar aquellos documentos y cualquier otro, y para ello se propuso acercarse a ambos hermanos y pedirles que le enseñaran cómo redactar documentos para completar su educación y, si fuera el caso, poder encargarse de realizarlos él para ayudarles a ambos en sus funciones.

Aquella propuesta de recibir ayuda gratuita de un hermano, librándoles de obligaciones, les pareció un regalo del cielo, y se aplicaron con devoción a enseñarle a redactar todo tipo de documentos, desde los testamentos más elementales hasta las declaraciones de los testigos y comparecientes ante las autoridades, mostrándole copias de los muchos documentos que se conservaban en la biblioteca monacal.

Su aplicación fue tal que, en pocos meses, todo cuanto había que escribir y redactar en el monasterio pasaba por sus manos, habiéndose visto relegado de casi todas las funciones que antes tuvo de copiar e ilustrar los libros sagrados que se elaboraban y conservaban en la biblioteca.

Con tanta dedicación y esfuerzo, no supo que el abad llevaba cuenta de todo cuanto iba llevando a cabo, lo que le fortalecía en la idea de que, a no mucho tardar, aquel pajarillo criado en cautividad buscaría la manera de iniciar el vuelo por su cuenta.

Para el abad, aquella certeza le llenaba de tanto orgullo y satisfacción como si de su propio hijo se tratara, pero, al tiempo, lo colmaba de tristeza al saber que dejaría de tenerlo cerca, pero por el propio bien del muchacho y el cariño que por él sentía no tenía otra opción que dejarlo marchar, temiendo por los peligros que le podrían acechar extramuros para los que no estuviera preparado.

Pensando en ellos se encontraba una tarde cuando llamaron a la puerta de su celda.

—¿Da vuesa merced su permiso para pasar, padre abad? —preguntó Ruy en inclinación respetuosa desde el pasillo.

—Pasad, hermano Ruy, pasad. ¿En qué puedo servirlos, hijo mío? —le respondió el abad con tono cariñoso, sonriéndole.

—Dispénseme, padre abad, por mi atrevimiento, pero deseaba poder hablar con vos de un asunto personal —comenzó a hablar el joven Ruy.

—¿Un asunto personal, hermano Ruy? Pues adelante, hablad con libertad, como lo haríais con vuestro padre, que en paz descanse —le animó el abad.

—¡Gracias, padre abad! Vos siempre fuisteis para mí como el padre del que no pude gozar.

»Señor, yo deseaba pedirlos vuesa bendición y ayuda para abandonar el monasterio. No es que me falte vocación ni amor a Dios nuestro Señor, pero creo que debería conocer, por un tiempo, cómo es la vida fuera de estos muros, para apreciar en todo cuanto vale la vida consagrada, sin albergar dudas por el resto de mi vida sobre mi auténtico deseo de renuncia. Ya sé que en unos meses debería iniciar el noviciado y, siendo honesto, desearía hacerlo con pleno convencimiento de que ese es mi deseo y mi destino.

—¡Señor, Señor! ¡Cómo pasa el tiempo! Apenas me parece que fue ayer cuando Rodrigo, vuestro padre, os trajo siendo un bebé, y

ya estáis pensando en hacer vida por vuestra cuenta como todo un hombre. Sabía desde hace tiempo que este momento podría llegar, y lo temía por tener que permitir os alejarais de mí. Pero si esa es vuestra decisión y os consideráis convencido de ella, no seré yo quien me oponga para haceros sufrir el resto de vuestra vida, soñando con lo que pudo ser y no fue. Sacrificar la libertad para dedicarla a la oración y el servicio a Dios se ha de hacer teniendo el pleno convencimiento de que eso es lo que se desea, porque ese sacrificio será de provecho para vos y, al tiempo, de mayor agrado para nuestro Señor.

»Si mi permiso era lo que os preocupaba, ya podéis contar con él, pero no quisiera que salierais de aquí sin tener un medio de vida y un dónde y cómo ganárosla. ¿De qué pensáis vivir, hermano Ruy? —concluyó preguntándole.

—Padre abad, sin querer pecar de vanidad, creo que me defiendo bien en la escritura y lectura en la lengua latina, castellana, gallega y griega, aunque en esta última, siendo honesto, aún podría mejorar, pero tanto en latín como en castellano creo que me manejo bien. Tengo una buena ortografía y caligrafía, que vos mismo me habéis corregido durante años.

—Con honestidad, he de decir que no lo hacéis nada mal, hermano —le respondió el abad.

—Viendo lo que hacen los hermanos sochantre y cillerero con las huestes que viajan camino de al-Ándalus, convenciendo de la utilidad de hacer testamento antes de entrar en combate con el infiel, creo que podría ser un medio para mí de obtener mi sustento si me uniera a cualquiera de las partidas que viajan en aquella dirección, pidiéndoles algunas monedas a cambio de dejar por escrito sus últimas voluntades. Cuando llegue a alguna ciudad en donde vea que puede haber trabajo para mi oficio, intentaría trabajar para algún escribano establecido y, si no lo hubiera, intentaría establecerme allí. ¿Os parece descabellada la idea, señor? —le preguntó el joven Ruy.

—En absoluto, hermano Ruy. Os veo muy seguro de lo que queréis hacer y creo que lo habéis meditado a fondo. Me gustaría



poder daros alguna dirección a la cual pudierais acudir en petición de ayuda, pero mis conocimientos fuera de estos muros son bastante limitados lejos de la Iglesia. Lo que sí puedo hacer, es daros escritos de presentación que os sirvan para acreditar vuestros conocimientos, y que os valgan de aval ante escribanos públicos y autoridades que pudieran necesitar de vos, para daros empleo. Confío en la bondad de Dios y que con su ayuda y misericordia saldréis adelante. Poco más puedo daros, salvando un borriquillo que os permita acarrear vuestros arreos y algunos alimentos para los primeros momentos del viaje. Procurad no viajar nunca solo. No pernoctéis en parajes solitarios sin estar en buena compañía. Si os es posible, uníos a alguna partida de soldados que vayan en vuestra dirección, o a tropas del Rey, y desconfiad de los mal encarados y traperos, que os intentarán embaucar. Es siempre preferible pecar de desconfiado que lamentar el exceso de confianza. Sé que no es de buen cristiano el pensar que todos los que nos rodean son mala gente, pero de los escarmentados nacen los avisados. Prevenir siempre es mejor que lamentar —concluyó el abad.

—¡Gracias, padre abad! Oigo vuestros consejos y los considero como recibidos de mi propio padre, que en la gloria de Dios nuestro Señor esté. Rezaré cada día por vos en agradecimiento por cuánto me habéis cuidado. Lo que soy y quien soy os lo debo a vos —le manifestó Ruy con voz emocionada.

\*

